
EL HOMBRE Y LA CULTURA

PABLO JARAMILLO E.

RESUMEN

Pudiera decirse que en términos de cultura todo es relativo, amén de la insondabilidad del hombre. Con semejantes postulados de entrada habríamos arribado al fin de cualquier reflexión posible. Pero, como Sísifo reiniciamos la restauración de la figura del hombre en la cultura, intentando sondear elementos estructurales que se revelen un poco más firme subyaciendo al devenir de los acontecimientos históricos. ¿Tiene el poder una lógica inflexible acorde con una eventual configuración estructural del sujeto?, a continuación proponemos algunos elementos para la reflexión.

INTRODUCCION

El hombre es la criatura que posee la facultad de facultades, la facultad por excelencia: la del asombro. Siente, es surcado por el lenguaje y por estas vías, la del sentimiento y la del verbo, se sumerge en la nostalgia de un origen mítico que, en su indescifrabilidad esencial, le deja en manos del logos y del pensamiento, guardianes encargados de protegerle contra la incertidumbre total. Ante el gran velo nocturno de la muerte todo palidece o bien se exacerba hasta el furor. La interrogación y el asombro se instalan visceralmente de entrada cuando de lo humano se trata. El hombre recorre la faz de la tierra arrastrando sus

alas de ángel caído, de halcón exilado de las alturas que anhela, mirando al cielo y soñando con su poder demiúrgico extraviado. Esto es lo que todas las utopías y los sistemas morales aprovecharán para agenciar como "Criaturas demoníacas", según la expresión de E.M. Cioran, prometiéndole al hombre una recompensa en la exterioridad haciéndole olvidar que el camino hacia la divinidad pasa necesariamente por el sí mismo.

Elas viven del temor a la muerte no elaborado, operando mediante el taponamiento de la incertidumbre, garantizando la felicidad o la trascendencia, por el camino de la exterioridad, pretendiendo ahorrar al hombre el trabajo de construirse un verdadero ser paradójico, capaz de metamorfosear los contrarios a la manera del alquimista que convierte el más vulgar de los metales en oro puro.

1. EL HOMBRE

Pero ¿Quién es esa criatura llamada hombre? Lo primero que reconocemos es su corporeidad de individuo perteneciente a la especie Homo Sapiens. Inserto en el reino animal pero

PABLO JARAMILLO E. Jefe del Departamento de Humanidades y Lenguas. Psicólogo, Universidad de Antioquia.

en condiciones de fuerte inferioridad respecto a otras especies. El grado de dependencia de sus padres no tiene símil en la naturaleza. La madre le brinda cuidados, satisfacción a sus necesidades, a sus demandas y poco a poco, le va introduciendo en el mundo alternativo de lo simbólico. El lenguaje será el hilo que teje la urdimbre de lo simbólico, enhebrando al hombre a sus representaciones de orden intelectual y afectivo. La entidad biológica organizada con las coordenadas propias de la especie, será acogida en las redes del lenguaje por otro que, al hacerlo, da forma no sólo al cuerpo mismo, sino a la psique que se actualiza en representaciones conscientes o inconscientes, susceptibles de tornarse idea o permanecer en el registro, bien de la emoción o en el de la formación de lo inconsciente cifrado.

El hombre entonces aparece como una entidad biológica que, cuando entra en contacto con el hecho fundacional de la interlocución, deviene verdaderamente CUERPO y PSIQUE, potencialmente acción e intelecto. Lo humano específico CAE, destila allí donde dos se encuentran, se reconocen y se comunican a través del lenguaje, de donde se desprende que, tanto en el uno aislado como en la masa, no hay más que Homo Sapiens en el mejor de los casos en tanto reflejo de una virtualidad humana no consumada. Lo auténticamente humano es una consumación de la interlocución. La moral y la utopía estereotipan al hombre, presuponiendo en él sólo aquello que de masificable hay en su naturaleza.

Ahora bien, ese otro que vehiculiza mi inserción en lo humano, también es el límite de mi caída en el goce de la omnipotencia imaginaria. Sin ese límite no hay marco, habrá caos infinito, no existirá la posibilidad de construirme una forma libre por el camino de la elección. **El hombre será libre allí donde pueda elegir.** Y para ello hace falta que el otro esté allí. El sólo hecho de convocar su presencia ya me convierte en un demandante de algo y ello ya limita mi omnipotencia imaginaria.

Además el otro a su vez demandará de mí algo, restringiendo igualmente mi campo imaginario. Por el límite o carencia que se encarna en la presencia ineludible del otro, se insinúa el ingreso en lo humano, como sujeto deseante en una múltiple acepción. Deseo de permanecer vivo, deseo de expresarse mutando su intensidad y su límite en forma que da sentido a su ser específico en el mundo, deseo de ser reconocido por el otro en

cuanto sujeto particular encarnado en lo simbólico de un nombre propio, deseo del otro en tanto objeto de placer. Cuádruple acepción del deseo que involucra la irrestricta presencia del otro como condición SINE QUAN NON de la emergencia del sujeto. Es claro que la supervivencia en el puro aislamiento es bien improbable, aparte de la presencia de la muerte misma como límite fundamental. En cuanto a la expresión del sujeto, el lenguaje está hecho de signos que no son la cosa misma, aluden y ocultan a la vez. El reconocimiento de sí pasa por el otro, poniendo la subjetividad en circulación, y el placer demanda un objeto inclusive en la más exacerbada de las fantasías. Esta estructura obliga y marca una ética y en consecuencia un orden en las cosas que define un proceder independiente de la buena voluntad.

Hay que afirmar entonces que el hombre habita de entrada en la ley en tanto límite, aún previamente a cualquier contrato. Es la ley la que funda al sujeto. Pero se trata de una carencia que hará del sujeto un buscador de plenitud, de completitud inalcanzable. Y esa búsqueda se convertirá fácilmente en lucha por la supremacía, abandonando al hombre al imperio del Homo Homini Lupus. Allí surge la necesidad de crear una ley positiva que dialectice las relaciones de fuerza entre sujetos y las convierta en posibilitadoras. Es necesario pasar de la relación de dos, fundada en la fuerza que produce violencia, parálisis o servilismo (dependiendo de la estructura), a una relación potencializante alrededor de la ley impersonal que opera como función.

Esta ley fundadora, vehiculizante, invita al sujeto a luchar por su supervivencia, a la construcción de un sentido y una expresión personal de su subjetividad, a una demanda de reconocimiento y a una búsqueda de objetos de placer, todo ello en un espacio reglado por la ley positiva.

El hombre entonces aparece como una entidad biológica que, cuando entra en contacto con el hecho fundacional de la interlocución, deviene verdaderamente CUERPO y PSIQUE, potencialmente acción e intelecto.

El orden natural de las cosas nos hace carentes, dependientes del otro, en tanto la ley positiva de la cultura específica nos regla esa aproximación al otro a fin de impedir su aniquilación. Lo humano permanece y el reino de la cultura se levanta como una arquitectura alternativa al reino de la fuerza. La ley, en tanto nos disuade del camino del extrañamiento en la ilusión de dominar al otro, inaugura el camino del retorno hacia nuestras más vivas fuentes interiores. "Dios es inconsciente" decía Lacan. De nuevo debemos advertir sobre el peligro de todo tipo de ideologías políticas y morales, utópicas construcciones del miedo a todo, particularmente del paso obligado por los círculos infernales, vía regia de acceso a los campos celestes. Todas aquellas siniestras producciones del miedo a la muerte y la incertidumbre que produce el descenso a nosotros mismos, suponen poder operar sobre la comunidad de hombres como si fuesen individuos en serie, moldeables como el barro fresco, para luego, al mejor estilo del "soplo divino", inscribir en ellos cualquier tipo de características esperadas, obviamente consideradas como excluyentes y exclusivamente buenas. Es claro que se postulan como una forma de poder.

2. EL PODER EN LA CULTURA

La ley positiva debe ser hecha por alguien y aplicada a su vez. Esto nos plantea un nuevo problema, el de quién ejerce el poder y cuáles son las vías de acceso a él. La ley no garantiza su aplicabilidad, así como tampoco la capacidad de adquirir poder no otorga PER SE la legitimidad. Demos una mirada a algunas de las principales fuentes de donde emana el poder en sus diversas manifestaciones.

2.1 La Fuerza Física

Es la forma más inmediata de acceder al poder, sometiendo al otro y doblegando su voluntad. Su dificultad mayor estriba en ser excesivamente transitorio, pues careciendo de la complicidad del sometido, es fuente permanente de conflicto, latente o manifiesto. Además los sometidos, - aparte del esfuerzo necesario para mantenerlos en tal situación,- darán lo peor de sí o lo mínimo en caso tal que el miedo movilice parte de su acción. El caso británico en la India o la suerte del "Terror" robesperriano o la parálisis mental producida por la dictadura bolchevique, son elocuentes al respecto. Un sujeto puede querer obedecer

conscientemente pero, en tanto sujeto, una especie de "cordón umbilical" le ata a cierto orden estructural de los asuntos de la cultura, impidiéndole someterse a voluntad. El hombre no está diseñado para la obediencia ciega.

El orden natural de las cosas nos hace carentes, dependientes del otro, en tanto la ley positiva de la cultura específica nos regla esa aproximación al otro a fin de impedir su aniquilación. Lo humano permanece y el reino de la cultura se levanta como una arquitectura alternativa al reino de la fuerza.

2.2 La Dialéctica Amo-Esclavo

Quien más temor a la muerte tenga o más sometido esté a la necesidad claudicará ante el otro en la lucha por la supremacía que siempre se establece entre dos que se encuentran. Prefiere la protección y las obligaciones que comporta, antes que la muerte a manos del otro. Aquí hay cierta complicidad transitoria, pues el verdadero amo es el tiempo que trae de su mano enguantada a la muerte misma, constituyéndose en el verdadero amo del amo. Las relaciones de fuerza siempre se modifican por el simple paso del tiempo. Además, el hombre sometido debe renunciar a su deseo identificándose con el del amo. No habrá confrontación y el sentido no avanzará sino en dirección del deseo del amo, lo cual fijará la relación en un inexistente presente, soportado realmente en la muerte estática, en el no-movimiento, en la vida caricaturizada. Es el reino de la parálisis.

2.3 El Líder

A diferencia del amo, nadie renuncia a su deseo en nombre del líder. Por el contrario, cada uno pensará que los asuntos de la comunidad son un asunto privado entre él y su líder, prolongación de su yo ideal, héroe interior soñado y ejercitado una y otra vez en la fantasía. La complicidad es particularmente afectiva. El líder se convierte en una verdadera fuente de inspiración

para la comunidad. Su clave radica en la capacidad de interpretar -a diferencia del amo, que juzga- las necesidades y deseos de la masa que no se constituye como tal - por oposición a la simple yuxtaposición de individuos - sino a condición de este hilo interpretativo que genera una corriente afectiva que le recorre unificando algo que denominamos masa.

El ejemplo clásico es el del enemigo externo combatido por un líder que aglutina el deseo del pueblo por arrojarle afuera. Y el caso del líder que interpreta los sueños del pueblo, basados en una particular visión del mundo. Estos dos casos se reúnen en Gandhi quien no sólo encarna el odio de la India contra la invasión británica, sino que sabe interpretar el sueño de la suspensión del caudal fenoménico, ya lanzado por Mohabira en su doctrina antigua de la no-violencia.

La ley positiva debe ser hecha por alguien y aplicada a su vez. Esto nos plantea un nuevo problema, el de quién ejerce el poder y cuáles son las vías de acceso a él. La ley no garantiza su aplicabilidad, así como tampoco la capacidad de adquirir poder no otorga PER SE la legitimidad.

2.4 La Moral

Es otra modalidad de la fuerza, más sutil en su apariencia. Es la fuerza en el plano afectivo. Opera como un chantaje culpabilizante, impidiendo que el hombre halle el sentido ético de su existencia. El sujeto por tanto, es negado y masificado en la estereotipia del supuesto principio moral. Su camino es el del juicio, por oposición de la interpretación que reconoce la movilidad de todo negando la existencia de categorías inmóviles y absolutas. El juicio moral condena al sujeto a la doble moral.

2.5 El Saber

El control sobre las leyes de las cosas, sin duda, es una incomparable fuente de poder. Utilizable de diversas maneras a favor o en contra de los

demás. La ciencia puede ser la fuerza máxima jamás conocida. De ella se desprende la clave del control económico.

2.6 El Mito

El ordenamiento primordial, configurado por él, asigna lugares en la jerarquía del poder, legitimando a la vez a sus representantes. La narración mítica se convierte en orden y mandato a la vez, legitimando formas de acceso al poder. El pueblo judío se siente elegido por Dios, para reinar sobre los otros pueblos de la tierra, siendo indudable el poderío que tal convicción otorga.

2.7 La Renuncia

Quien disminuya al máximo sus deseos y necesidades -conscientemente elaborada tal renuncia, pues lo contrario sería una caída en la magia- difícilmente podrá ser sometido. Y quien exorcisa la gran debilidad, -la muerte-, ya jamás transitará por el camino de la sumisión. El deseo es posibilidad y límite.

2.8 La Representatividad

El hombre de la cultura, a diferencia del de la ideología, se siente en capacidad de guiar su propio destino y de respetar el derecho de los demás a hacer lo mismo en nombre de una ley impersonal que opera con una funcionalidad reguladora de los espacios susceptibles de compartir por todos y cada uno de los ciudadanos. Ante la ley positiva, ese ciudadano optará por gobernarla o bien delegará en otro su poder soberano de regir ese destino personal. Quien reciba la delegación del poder deberá saber que el sujeto político quiere verse reflejado en las medidas y decisiones del poder, sentirse y verse reconocido en las acciones del gobierno, captar su sentido, compartirlo y en consecuencia saberse y sentirse seguro, libre de toda amenaza contra su vida. Este sería el objetivo de la República, crear un espacio apropiado para la interlocución donde se supone para todos el derecho a la palabra en la doble dirección de la expresión y la escucha, derecho que comporta un esfuerzo para su merecimiento. La ley positiva como límite y como posibilidad, sólo en tanto función impersonal.

El anterior recorrido por las distintas fuentes de emanación del poder podrían agruparse en dos grandes categorías. La de la FUERZA, que se

presenta sin duda como una capacidad pero que, al violar el deseo y el derecho del otro, se convierte en una verdadera USURPACION, personalizando aquello que debiera permanecer como pura función, es decir, la ley. Los resultados de una violencia tal sobre el sujeto, de acuerdo con su estructura, serán complejos. En unos generará un irrefrenable impulso hacia la transgresión de la ley de carácter perverso, en otros, una suerte de parálisis que les conduce a la abdicación de cualquier posible expresión personal, sacrificando la eventual intención creadora subyacente en cada sujeto. También podrá generar servilismo en sujetos dispuestos a claudicar en su deseo si bien tendrán que pagar un altísimo costo pues, como quedó dicho, cierto orden de las cosas niega el carácter del esclavo. Ahora bien, en el extremo encontramos hombres extraordinarios que ante el acoso de su subjetividad, ante la asfixia de la represión externa, responden con una obra personal, a menudo genial, como si se nutricen precisamente de la aparente adversidad. Su expresividad se configura y toma cuerpo en contra del mandato vertical.

La segunda gran vía es la de la LEGITIMIDAD que parte de la introyección por parte de cada sujeto de la inevitabilidad de la ley. Es el paso de la naturaleza y sus fuerzas en lucha, a la cultura como espacio de interlocución, donde la ley es una función y en la que cada sujeto se verá reconocido y, a su través, dará un sentido nuevo al mundo, recorriendo las estructuras sociales se expresará, tornando palabra lo visceral en principio, ganando terreno a lo real innombrado, tallando su ser en una ética del "bien decir" en sentido lacaniano. Sólo a través del espacio, del campo neutro que funda la ley, podrá emerger el sujeto, más alto que la individualidad del homo sapiens negada, y en su emergencia, por fuerza, se expresará y será creativo, gobernará su destino y será el "líder" de sí mismo, buscando al otro para actualizar la fiesta humana de la interlocución que le da categoría ontológica en el mundo y entonces será -de facto- sociable. Todo ello conlleva a asegurar

que donde el sujeto se presente, por fuerza será ético, salvo en los casos en que la perversión, ya apoderada de lo mejor del sujeto que un día existió, se empeñe en interpretar como debilidad los espacios que se le ofrezcan para su actualización. Razón de más para configurar una ética del poder que impida la emergencia de tales sujetos perversos. En este contexto, la misma sanción se legitima en nombre del orden irreversible de las cosas del deseo. Es la vida misma quien sanciona, suspendiendo los logros en contravía. La omnipotencia no es posible como tampoco las utopías y la moral en sus diversas facetas pseudo-religiosas y pseudo científicas. Al menos en el pensamiento, el paso de la ideología a la cultura está consumado.

CONCLUSION

La historia pareciese ser el escenario de una tensión entre la fuerza y la ley. La direccionalidad de esta tensión, por lo visto avanza hacia el crecimiento de los espacios que permitan al hombre, una cada vez mayor expresión de su individualidad. El hombre se reconcilia poco a poco con la idea de que la soberanía del poder emana de todos y cada uno de los individuos. La relación que ubicaba la ley en referencia a la voluntad del poder, lentamente se invierte para instalar el imperio de la Ley que en adelante controlará las condiciones al ejercicio del poder.

BIBLIOGRAFIA

- Cioran, Emil. Mecanismo de la Utopía. Madrid: Tauros Ediciones, 1982.
- Freud, Sigmund. El Malestar en la cultura. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1979.
- Freud, Sigmund. Psicología de las masas. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1979.
- Lyotard, Jean Francois. Los derechos del otro. Medellín: Universidad Nacional, 1994.